

***“BAJO EL MISMO CIELO  
PROTECTOR”***

**Francisco J. Lozano**

## **BAJO EL MISMO CIELO PROTECTOR**

*A mi hijo Alberto, feliz e inocente  
en medio de unos tiempos turbulentos.*

Los tres chiquillos no aparentaban tener más de diez años. Dos de ellos eran hermanos, el tercero era su primo. Lo que quedaba de sus familias estaba allí, al abrigo de las ruinas de lo que había sido una pequeña casa de campo en las afueras de una aldea afgana, cerca ya de la frontera pakistaní. Apenas una precaria techumbre de madera y barro y cuatro muros marcados por una intensa viruela de metralla y fuego. Descansaban de día y avanzaban durante la noche, en una larga y agotadora huida cargada de incertidumbre y, al mismo tiempo, de la esperanza propia de aquellos que no tiene ya nada que perder, salvo la vida. Los padres se habían alejado en busca de alimento. El hambre era intensa y obligaba a asumir riesgos más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Los chavales se habían quedado solos. Sabían que no debían moverse de allí, no hacía falta que nadie se lo recordara. Habían sufrido demasiadas pérdidas y contemplado demasiados horrores, tantos como para llenar toda una vida y, sin embargo, un singular instinto de adaptación mantenía a salvo su condición de niños. Se pusieron a jugar. Trazaron una línea en el suelo y, separándose un par de metros, fueron lanzando, uno tras otro, unas pequeñas piedras planas, compitiendo en destreza por acercarse lo más posible a la raya. En el fragor de su infantil contienda no escucharon el silbido inconfundible de un misil que caía desde el mismo cielo al que tantas otras veces habían suplicado protección. No hubo tiempo para el dolor. De repente, todo fue silencio y oscuridad.

A miles de kilómetros de distancia de allí, en la ciudad de Nueva York, bajo las ruinas de lo que otrora había sido el símbolo del poder económico de la primera potencia de este planeta, todo era también silencio y oscuridad desde que, varios meses antes, un once de septiembre del año dos mil uno, varios comandos terroristas

perpetraran un ataque audaz, efectivo y demoledor ante los ojos atónitos de medio mundo.

Lo que de común tienen ambos escenarios, más allá de la evidente huella física de la destrucción, es la no menos intensa sensación de sufrimiento inútil y de muerte absurda, de crueldad y de pena. También de vergüenza ajena. Ricos o pobres, creyentes o no, seres humanos inocentes han sido inmolados sin piedad, víctimas de acciones y de decisiones tomadas por otros seres humanos. Por simple que parezca, esa es la única lectura posible cuando se utilizan los ojos del corazón, más allá de análisis ideológicos, políticos o religiosos. Es, sencillamente, una cuestión de ética.

El recién estrenado siglo XXI no podía empezar de forma más funesta. Los sucesos de Nueva York y Washington, así como la posterior represalia bélica en tierras afganas, no han supuesto mayor dureza o capacidad destructiva que otros actos merecedores de pertenecer a la macabra lista de conflictos padecidos durante los últimos cien años. ¿Hubo acaso menor devastación en las dos grandes contiendas mundiales, menor crimen colectivo en el holocausto del pueblo judío, en las infames matanzas de Sabra y Shatila o en las guerras tribales de Ruanda, hubo, tal vez, menor odio xenófobo y fanatismo religioso en las masacres entre serbios, bosnios y musulmanes, hubo, en fin, menor ignominia en la decisión de experimentar bombas de destrucción masiva sobre dos ciudades japonesas repletas de civiles indefensos? Desde la serenidad que otorga la distancia, creo que no, o mejor dicho, necesito creer que no, necesito mantener mi humilde parcela de opinión, mis propias convicciones, equivocadas o no, a salvo de las lecturas interesadas con que a menudo se escribe y se explica nuestra historia.

Sin embargo, por más que en nuestro pasado abundan episodios oscuros y turbulentos, en algunos casos con heridas abiertas y todavía sangrantes, es bien cierto que lo ocurrido el pasado otoño contiene ingredientes singulares. Desde mi punto de vista, lo que convierte a los acontecimientos recientes en excepcionales y sin precedentes comparables ha sido, probablemente, el hecho de haberse dirigido nada menos que contra algunos de los 'tótems' sagrados de la

imaginería de un país, los Estados Unidos, que se creía, hasta hoy, invulnerable, acostumbrado a que tanto sus peleas como las de los demás, tan frecuentes en un mundo que han llegado a hacer suyo, se desarrollaran siempre lejos de su casa. Los aviones de pasajeros, transmutados en armas asesinas, se estrellaron, sin duda, contra algo más que unos edificios rebosantes de vida, lo hicieron también contra los cimientos mismos del sueño americano. Un golpe, para mayor escarnio, contemplado en directo por media humanidad, un golpe, en consecuencia, contra el orgullo y la moral de un pueblo que se destaca por su fuerte sensibilidad patriótica.

El impacto mediático y, sobre todo, visual, de los acontecimientos ocurridos aquel once de septiembre, ha sido sencillamente espectacular. La espeluznante retransmisión en tiempo real del ataque contra el complejo financiero del World Trade Center, en el corazón de Manhattan, fijará a buen seguro en nuestra memoria colectiva sensaciones y recuerdos que, a pesar del paso del tiempo, seguirán siendo referencias difíciles de olvidar. Son muchos los que piensan que estos actos terroristas, calculados y ejecutados con sobrecogedora precisión, han abierto los ojos no sólo a los estadounidenses sino también a los ciudadanos del resto del mundo occidental, revelándoles que la barbarie no conoce límites ni tampoco tiene fronteras capaces de contenerla. A esta tesis se han abonado buena parte de quienes ejercen el liderazgo político y la propia inteligencia militar, que, dicho sea de paso, no supo valorar en su justa medida ni tampoco prevenir la amenaza hasta que ésta estalló delante de sus ojos.

En la forma, el razonamiento es correcto, pero en el fondo es un razonamiento perverso. La barbarie, la guerra o el asesinato, son intrínsecamente malos, se produzcan dentro de nuestra casa o en casa de nuestros vecinos. Es un error establecer diferencias. Es, lamentablemente, el tipo de error que ha contribuido a que giremos la cabeza o nos quedemos con los brazos cruzados frente a problemas flagrantes en otras partes del globo, o, en el peor de los casos, a fomentarlos descaradamente cuando ello reportaba alguna ventaja. No olvidemos, a título de ejemplo, que el régimen talibán, ahora satanizado, fue visto con buenos ojos por el gobierno de los Estados Unidos mientras le sirvió de contrapeso frente al avance soviético en

aquella estratégica zona del planeta. El propio Bin Laden, cerebro de los atentados y enemigo declarado de Occidente, fue también adiestrado y financiado por el ‘amigo’ americano durante aquella guerra de guerrillas contra el oso ruso. Pero las amistades interesadas suelen acabar mal, y ésta, desde luego, acabó muy mal.

Por ello, lo que deberíamos retener, sin dudas ni ambigüedades, es la certeza de que las guerras nos atañen a todos, sin importar la distancia a la que se produce el conflicto, y, por encima de todo, deberíamos tener muy claro que las guerras son siempre sucias, que tienen la extraña capacidad de sacarnos lo peor de nosotros mismos, estemos en un bando o en el otro, y que disfrazarlas bajo engañosos calificativos de guerra justa o de guerra entre el Bien y el Mal no conseguirá ocultar la verdadera esencia destructiva de los enfrentamientos entre seres humanos. “En medio de esta tragedia, Dios está con nosotros”, pronunció el presidente Bush en su último discurso del Estado de la Unión, cuatro meses después del atentado. Creo, honestamente, que Dios no está ni con nosotros ni contra nosotros, como tampoco lo está con los terroristas de Al Qaeda ni contra ellos. Me disgusta la imagen de un Padre justiciero que toma partido por uno de sus hijos, pero, antes que nada, me horroriza la imagen de un Dios capaz de aceptar la guerra dentro de su ideario. Precisamente, en la apropiación que hemos hecho de los asuntos divinos para resolver nuestros asuntos terrenos está la semilla de conceptos históricamente tan peligrosos como las cruzadas o las guerras santas contra los infieles. A estas alturas de nuestra civilización, es triste comprobar cómo el recurso al sentimiento religioso, sea islámico o cristiano, sigue siendo moneda de cambio que separa, en lugar de unir, a dos maneras de concebir el mundo.

El fenómeno del terrorismo islámico, con sus toques de fundamentalismo religioso e incluso de cierto halo de misticismo y de culto al líder, es extremadamente complejo, de manera que hay que evitar caer en los tópicos y en una apreciación simplista y superficial del problema. La combinación de fe y miseria siempre ha sido potencialmente peligrosa y puede convertirse en un arma terrible en manos de iluminados con capacidad de convocatoria, que se erigen en portavoces de la Única Verdad, la suya, y señalan con su dedo

acusador al Gran Demonio responsable de todos los males, el objetivo a destruir. El guion es simple pero muy eficaz. Nos encontramos, en definitiva, frente a un fanático respaldado por un ejército de seguidores fieles, dispersos por muchísimos países, más de los que nadie sospechaba, y que no duda en transgredir una ley sagrada, la del derecho a la vida, reconocida y valorada por la propia religión en la que supuestamente dice inspirarse pero que, en realidad, ha adulterado y pervertido hasta sus últimas consecuencias. ¿Cómo es posible que esto ocurra o, mejor dicho, qué estamos haciendo mal? Ante todo, deberíamos preguntarnos por qué unas proclamas basadas en el odio y en una fuerte disposición a la inmolación —como ejercicio de sacrificio supremo— reciben un eco tan amplio en determinadas zonas del planeta, no siempre ubicadas en eso que se ha dado en llamar el Tercer Mundo, o en determinados ambientes culturales o sociales, no siempre limitados a personas ajenas a los modos y principios del mundo occidental. ¿Cuáles han sido las condiciones de vida de esos seguidores? ¿Qué tipo de educación han recibido? ¿De dónde proviene su fervor religioso o su ciega determinación, o ambas cosas a la vez? ¿De qué elementos se alimentó su ánimo encendido o un desánimo que roza el nihilismo absoluto? ¿No será que algunos o muchos de ellos no tienen ya nada que perder, porque ya lo han perdido todo, quizás porque no han llegado nunca a tener nada? ¿Habíamos reparado antes en su existencia, nosotros, los miembros privilegiados de un mundo estable, razonablemente cómodo y con la despensa bien provista? No conozco las respuestas y estoy convencido de que tampoco son éstas todas las preguntas que debemos formularnos. Pero intuyo que en el origen del desarraigo, del odio extremista y del fanatismo deben de haber no sólo factores económicos sino también aspectos culturales, de acceso a la educación y, por qué no, sentimientos de explotación histórica.

Desde el mismo momento en que los colosos de acero y vidrio de la capital del mundo se colapsaron sobre sí mismos y se precipitaron al suelo, segando la vida de miles de personas, era fácil vaticinar que la implacable lógica militarista con que se iba a plantear la respuesta a los atentados iba a poner de nuevo a prueba la capacidad de sufrimiento del pueblo afgano. Habitantes de un país rico en matices, asfixiado por las luchas y rencillas internas entre una legión de

‘señores de la guerra’, a los afganos les ha tocado en desgracia, o tal vez no han sido capaces de evitar vivir bajo el dictado de un régimen dominado por mentes oscuras y retrógradas, ancladas en una concepción ruin y excluyente de la realidad, un régimen que ha albergado y protegido a la organización terrorista que osó agredir y, por ende, desafiar al gigante americano. Una decisión nefasta y toda una apuesta a favor del aislamiento internacional y del radicalismo de Estado. Y, como siempre, las decisiones de los dirigentes acaban siendo soportadas por la gente del pueblo, muchos de los cuales, para mayor paradoja, ni siquiera están al corriente de lo que ha ocurrido al otro lado del Atlántico.

El cielo que cubre nuestras cabezas podría llegar a oscurecerse con las miles de páginas de prensa, artículos y fotografías publicadas a raíz de aquellos sucesos. Los expertos han opinado, los intelectuales han reflexionado, los estrategas han asesorado, los políticos han tomado posiciones al son de intereses de Estado, dispuestos a embarcarse en una aventura militar de curso incierto. Todos y cada uno de ellos nos han abrumado con análisis sofisticados que rivalizan entre sí en la pretensión de haber dado con las claves del problema y con sus soluciones. Nos hablan de geopolítica, de visiones globales, de defensa del mundo libre y de la democracia, de guerra de civilizaciones, de daños colaterales, de sesudas interpretaciones de los textos coránicos e incluso de las mismísimas profecías apocalípticas. Este bombardeo constante de datos e interpretaciones, apoyado en una batería de tecnicismos, puede acabar haciéndonos caer en la ficción de creernos pequeños estadistas entusiasmados por mover pieza en este apasionante juego de estrategia, reduciendo nuestra percepción del fenómeno al nivel de mera conversación para la hora del café y vacunándonos, sin apenas ser conscientes de ello, contra el riesgo de vivir la tragedia desde el sentimiento.

Y, sin embargo, de todas las imágenes que han aparecido a lo largo de estos últimos tiempos, una de las que más ha golpeado mi ánimo, de las que más me ha dolido, de una forma casi visceral, ha sido, sin ninguna duda, una pequeña foto en blanco y negro, tomada por algún reportero de guerra y editada en las páginas interiores de algunos diarios, que mostraba los cuerpos sin vida, alineados uno al lado del

otro, de tres niños víctimas de un error de precisión en un bombardeo aéreo sobre supuestas posiciones talibanes. Cuerpos pequeños, apenas cubiertos por harapos, engañosamente intactos, cabezas ligeramente ladeadas. Cuerpos tendidos en un pequeño espacio de suelo que ellos mismo habían intentado convertir en un inocente espacio de juego, minutos antes de que les sobreviniera un final trágico y absurdo como todos los finales sufridos por quienes nada malo han hecho. Tenían abiertos ojos y boca en un triste rictus de sorpresa, como si hubiera quedado congelado en sus rostros ese último instante de incredulidad, sin lugar para la agonía. A su lado, en cuclillas, un hombre, padre de alguno de ellos, con las manos en la cabeza y la vista apuntando al cielo. Tal vez invocaba a su Creador, lamentándose una vez más de la cruel suerte reservada a los suyos. Lloraba. Gritaba. Allí, en aquel lugar y en aquel momento, aquellos cuerpos eran algo más que cadáveres anónimos en una foto anónima de una guerra anónima, difusa y distante para nuestros ojos occidentales. Allí eran, todavía, personas con identidad propia, cuyo nombre estaba siendo gritado a los cuatro vientos por un padre desesperado.

Es muy probable que nunca lleguemos a conocer el nombre de estos tres chavales, víctimas del fuego cruzado entre dos mundos que no contaron con ellos en ningún momento. ¿En nombre de qué idea o de qué concepto de justicia perdieron la vida? Ni quienes dijeron defenderles ni quienes aseguraron no atacarles, darán mayor importancia a su pérdida. Serán un número más en el absurdo inventario de daños colaterales, una vergonzante forma de hablar, políticamente correcta, que insulta la memoria de todos los muertos en esta estúpida confrontación, la de las víctimas de los ataques en suelo americano y la de las víctimas de la posterior cruzada antiterrorista.

Pero mientras que los muertos de Washington y Nueva York han sido y seguirán siendo justamente llorados, honrados, reivindicados y rememorados en emotivas efemérides, año tras año, por buena parte del mundo, ¿quién llorará a aquellos niños afganos, salvo su propia familia? ¿Ha sido menos penosa su pérdida, menos injusta? ¿Tal vez menos importante? Por desgracia, es probable que el recuerdo de estas tres vidas humanas, representativas de la suerte que siguieron otros tantos como ellos, siga la cruel ruta reservada al nutrido pelotón de los



desheredados de la tierra, que no es otra que la ruta de la indiferencia y del olvido.

Por ello, en primer lugar, pero también por una indefinible necesidad de justicia, quizás también de reparación y desagravio, y de acallar, por qué no, algún resto de mala conciencia, creo que es importante honrar, negro sobre blanco, la memoria de esos tres niños, de reivindicar su derecho a la vida, de lamentar su muerte innecesaria. Porque las vidas de estos jóvenes eran también únicas e irrepetibles, eran importantes. Porque no debemos establecer diferencias entre las modernas Torres Gemelas y una humilde chabola afgana, entre el valor de la vida de un hombre y la de otro, ya sea ejecutivo o pastor, bombero o campesino, ya sea próximo a mi entorno cultural o profundamente diferente. Todos ellos, sin distinción, han sido involuntarios peones sacrificados en un cínico y cruel juego de estrategia y poder, de cinismo e irresponsabilidad, de fanatismo y de hipocresía general, un juego del que ni tan siquiera conocían las reglas ni mucho menos a los contrincantes y en el que cualquiera de nosotros, sin excepción, puede verse involucrado en el momento más inesperado.

Nacemos, vivimos y morimos bajo el mismo cielo protector que vio nacer, vivir y morir a nuestros ancestros, bajo el mismo cielo, en fin, que cubrirá los destinos de quienes aún están por llegar. Elevamos la vista hacia sus dominios en los momentos de crisis y de dolor, cuando necesitamos consuelo o cuando queremos alejar nuestra mirada de una realidad cercana que nos desagrada. Todos, sin distinción de credo o raza, nos dirigimos hacia él cuando buscamos respuestas, sin caer en la cuenta de que, tal vez, no sabemos formular las preguntas correctas. Pero, desgraciadamente, y por más que nos empeñemos, el mismo cielo que nos pone a cubierto de la amenaza constante del espacio exterior, de su radiación invisible y letal, no puede protegernos de nosotros mismos ni de nuestros actos.

Francisco J. Lozano

En Martorell, en el mes de enero de 2002.